

eterna, en el cual, aunque se necesite nuestra cooperación, sin embargo sólo debemos esperar de Dios la gracia para alcanzarla, desconfiando enteramente de nuestras propias fuerzas, y diciendo cada uno con el Apóstol: "Todo lo puedo en aquel que me conforta"<sup>64</sup>.

¡Ah Señora mía santísima!, el Eclesiástico me dice que Vos sois la "Madre de la esperanza"<sup>65</sup>, y la Santa Iglesia que sois la esperanza misma. ¿Qué otra esperanza, pues, podré tener? Después de Jesús, Vos sois toda mi esperanza, así os llamaba San Bernardo, y así quiero también llamaros yo. Y os diré siempre con San Buenaventura: ¡Oh salud de los que te invocan!, sálvame.

## VI. *De la castidad de María*

Después de la caída de Adán, rebelados los sentidos contra la razón, la virtud de la castidad es la más difícil que los hombres encuentran para practicar. "Entre todos los combates —dice San Agustín—, los más terribles son los de la castidad, con la cual todos los días se está luchando, y rara vez se consigue la victoria. Sea por lo tanto alabado siempre el Señor, que nos ha dado en María un gran modelo de esta virtud." "Con razón —dice Alberto Magno— María se llama Virgen de las vírgenes, porque ofreciendo ella la primera sin consejo ni ejemplo de otros su virginidad a Dios, le ha

---

<sup>64</sup> Phil. IV, 13.

<sup>65</sup> Eccli. XXIV, 24.

dado después todas las vírgenes que la imitaron”<sup>66</sup>, como ya lo predijo David: “Las vírgenes serán llevadas al templo del Rey en pos de ella”<sup>67</sup>. Sin consejo, sin ejemplo, sí, porque como dice San Bernardo: “¡Oh Virgen!, ¿quién te enseñó a complacer a Dios con la virginidad y a llevar en la tierra una vida de Angeles?”<sup>68</sup>. “¡Ah! —contesta Sofronio—, Dios escogió por Madre suya a esta purísima Virgen a fin de que fuese para todos un ejemplo de castidad”<sup>69</sup>. Y por esto San Ambrosio dice que María enarboló el estandarte de la virginidad.

Por razón de esta pureza el Espíritu Santo llamó también a la Virgen “hermosa como la tortolilla”<sup>70</sup>. María es tórtola castísima, comenta Aponio; y por esto fue también llamada azucena: “Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes”<sup>71</sup>. En donde, según observa San Dionisio Cartujano, fue llamada azucena entre las espinas, porque todas las otras vírgenes fueron espinas para sí o para los otros, pero la bienaventurada Virgen no lo fue ni para ella ni para los demás, pues sólo su presencia inspiraba a todos pensamientos y deseos de pureza, lo que confirma Santo Tomás con estas palabras: “La hermosura de la bienaventurada Virgen infundía castidad a los que la miraban”<sup>72</sup>. Y San Jerónimo asegura ser de

---

<sup>66</sup> Mar., p. 9.

<sup>67</sup> Ps. XLIV, 15.

<sup>68</sup> Hom. 4 sup. Miss.

<sup>69</sup> Ap. Parav. 2, c. 1.

<sup>70</sup> Cant. I, 9.

<sup>71</sup> Cant. II, 2.

<sup>72</sup> Ap. Parav. loc. cit.

opinión que San José se mantuvo virgen por causa de la compañía de María, pues que escribiendo contra el hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, dice: “Tú afirmas que María no permaneció virgen; yo le doy aún más, esto es, que el mismo José fue virgen por causa de ella”<sup>73</sup>. Un autor dice que la bienaventurada Virgen amó tanto esta virtud, que por conservarla hubiera renunciado hasta a la dignidad de Madre de Dios; lo que se deduce de la misma contestación que dio al Arcángel: “¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón alguno?”<sup>74</sup>. Y de las palabras que añadió al fin: “Hágase en mí según tu palabra”, significando con esto que daba el consentimiento según el Angel le había asegurado que llegaría a ser Madre únicamente por obra del Espíritu Santo.

“Los que conservan la castidad —dice San Ambrosio—, son como los Angeles, según lo dijo el Señor”<sup>75</sup>; pero los deshonestos se hacen odiosos a Dios como los demonios. Y San Remigio decía que la mayor parte de los adultos se pierden por este vicio. La victoria de este pecado es muy rara, según se ha dicho al principio con San Agustín, pero ¿por qué? Porque no se practican los medios para vencer, que según dicen los maestros espirituales con Belarmino, se hallan reducidos a tres: Ayuno, huir de las ocasiones y oración. Por ayuno se entiende la mortificación, especialmente de los ojos y de la gula. Aunque María se halló llena de la divina gracia, tuvo realmente tan mortificados los ojos que los

---

<sup>73</sup> Ap. Parav. loc. cit.

<sup>74</sup> Luc. I. 33.

<sup>75</sup> Matth. XXII. 30.

tenía siempre bajos, sin fijarlos nunca en persona alguna, como dicen San Epifanio y San Juan Damasceno, y añaden que desde su niñez era tan modesta que causaba admiración a todos. Por esto San Lucas observa que cuando fue a visitar a Santa Isabel *se apresuró*, para ser menos vista del público. En cuanto a la comida, refiere Filiberto que fue revelado a un ermitaño llamado Félix que María siendo niña mataba una sola vez al día. Y durante toda su vida, como afirman San Gregorio Turonense y San Buenaventura, prosiguió ayunando. En una palabra, fue María mortificada en todo, de manera que de ella se dijo: “Mis manos destilaron mirra”<sup>76</sup>.

El segundo medio consiste en huir de las ocasiones: “El que evita los peligros, estará seguro”<sup>77</sup>. Por lo que dice San Felipe Neri: “En la guerra de los sentidos vencen los cobardes”; esto es, los que huyen las ocasiones. María evitaba cuanto le era posible la vista de los hombres, pues, como ya advirtió San Lucas, en la visita de Isabel se fue apresuradamente a las montañas. Y advierte un autor que la Virgen se despidió de Isabel antes que ésta pariese, como se infiere del mismo Evangelio, donde se dice: “María permaneció con ella unos tres meses y después regresó a su casa. Entre tanto llegó el tiempo del parto de Isabel, y dio a luz un hijo”<sup>78</sup>. ¿Y por qué no aguardó el parto? Para evitar las conversaciones y visitas que con ocasión del mismo debían tener lugar en aquella casa.

---

<sup>76</sup> Cant. V, 5.

<sup>77</sup> Prov. XI, 15.

<sup>78</sup> Cap. I, 56.

El tercer medio es la oración: “Y luego que conocí —dijo el Sabio— que no podía ser casto si Dios no me concedía esta gracia... acudí a El, y se la pedí fervorosamente”<sup>79</sup>. La misma Santísima Virgen reveló a Santa Isabel, de la Orden de San Benito, que no tuvo virtud alguna sin trabajo y sin orar continuamente<sup>80</sup>. “María es pura y amante de la pureza —dice San Juan Damasceno—; por lo que rechaza a los deshonestos. Pero el que acude a ella, ciertamente se librará de este vicio sólo pronunciando su nombre con confianza.” De modo que el venerable Juan de Avila decía que muchas personas tentadas contra la castidad sólo con el afecto a María Inmaculada salieron vencedoras. ¡Oh María, oh purísima paloma, cuántos se hallan en el infierno por este vicio! Libradnos, Señora, de él; haced que en las tentaciones acudamos siempre a Vos y os invoquemos diciendo: María, María, socorrednos. Amén.

## VII. *De la pobreza de María*

Nuestro amoroso Redentor, para enseñarnos a despreciar los bienes mundanos, quiso ser pobre, como dice San Pablo<sup>81</sup>. Por lo que después él mismo exhortaba al que quisiese seguirle: “Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; ven después y sígueme”<sup>82</sup>. María, su más perfecta discípula,

---

<sup>79</sup> Sap. VIII, 21.

<sup>80</sup> Ap. S. Bon. De vit. Christ., c. 3.

<sup>81</sup> II Cor. VIII, 9.

<sup>82</sup> Matth. XIX, 21.

fue la que mejor siguió su ejemplo. Con la herencia que le dejaron sus padres hubiera podido vivir con mucha comodidad, como prueba el padre Canisio; pero ella prefirió quedar pobre, reservándose tan sólo una pequeña parte de sus bienes y distribuyendo todo lo restante en limosnas al templo y a los pobres. Muchos aseguran que María hizo también voto de pobreza<sup>83</sup>; y se sabe que ella misma en una revelación dijo a Santa Brígida: "Desde el principio ofrecí a Dios en mi corazón no poseer jamás cosa alguna en este mundo"<sup>84</sup>. Los presentes que recibió de los Santos Magos ciertamente no debían ser de poco valor; pues bien, todos los distribuyó a los pobres, según asegura San Bernardo<sup>85</sup>. Y que así luego lo hizo la divina Madre, se infiere de que al presentarse después en el templo no ofreció el cordero como lo hacía la gente acomodada, según consta del Levítico<sup>86</sup>, sino las dos tórtolas o palomas, que era la ofrenda de los pobres<sup>87</sup>. Ella misma dijo a Santa Brígida: "Todo cuanto tenía lo daba a los pobres, reservándome tan sólo lo que bastaba para vestir y comer moderadamente"<sup>88</sup>.

Por amor a la pobreza no se desdeñó de desposarse con un pobre artesano, como fue San José, y de sustentarse después con el trabajo de sus manos, hilando o cosiendo, como atestigua San Buenaventura. El Angel reveló a Santa Brígida, hablando de María,

---

<sup>83</sup> Ap. Parav., p. 2, c. 2.

<sup>84</sup> Lib. I, c. 10.

<sup>85</sup> Ap. Parav. loc. cit.

<sup>86</sup> XII, 6.

<sup>87</sup> Luc. II, 24.

<sup>88</sup> Rev. I. I, c. 10.

que las riquezas eran para ella tan viles como el barro; en una palabra, vivió siempre pobre y murió pobre, pues no se sabe que al morir dejase más que dos vestidos a dos mujeres que la habían asistido en vida, como refieren Metafrasto y Nicéforo<sup>89</sup>.

“El que ama las riquezas —decía San Felipe Neri— jamás será santo.” Y Santa Teresa añadía: “Es muy justo que el que va en pos de las cosas perdidas se pierda él también.” Al contrario, decía la misma Santa, que la virtud de la pobreza es un bien que comprende todos los otros bienes. Dice *la virtud de la pobreza*, la cual, según dice San Bernardo, no consiste solamente en ser pobre, sino en amar la pobreza. Por esto dijo Jesucristo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”<sup>90</sup>. Bienaventurados, porque los que sólo quieren a Dios hallan en El toda especie de bienes; y en la pobreza encuentran su paraíso en la tierra, como lo halló San Francisco de Asís diciendo: “Mi Dios y mi todo.” “Amemos, pues, aquel único bien que contiene todos los bienes”, como exhortaba San Agustín; y roguemos al Señor diciendo con San Ignacio: “Dadme, Señor, sólo vuestro amor con vuestra gracia, que ya seré bastante rico.” Y cuando estemos sufriendo la pobreza, consolémonos considerando, como dijo San Buenaventura, que Jesús y su Madre fueron también pobres como nosotros<sup>91</sup>.

¡Ah Madre mía Santísima!, bien tuvisteis razón para

---

<sup>89</sup> Ap. el autor de la vida de María, l. 5, c. 13.  
Matth. V, 3.  
De Vit. Christ.

decir que en Dios hallábais todo vuestro gozo; porque en este mundo Vos no deseásteis ni amásteis otro bien que a Dios. Señora, desasídmeme del mundo y atraedme hacia Vos, a fin de que yo no ame más que a aquel único bien que merece exclusivamente ser amado. Amén.

### VIII. *De la obediencia de María*

Por el amor que la Virgen tenía a la virtud de la obediencia, en la anunciación del arcángel San Gabriel no quiso darse otro nombre que el de esclava: “He aquí la esclava del Señor.” “Sí, esclava —dice Santo Tomás de Villanueva—, porque esta fiel esclava ni con las obras ni con el pensamiento contradijo jamás al Señor, sino que careciendo de voluntad propia obedeció siempre, y en todo vivía sumisa a la voluntad de Dios”<sup>92</sup>. Ella misma declaró que Dios se había complacido en su obediencia cuando dijo: “Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava”<sup>93</sup>; porque la humildad de una esclava consiste en estar siempre dispuesta a obedecer. “Con su obediencia —dice San Agustín— reparó la divina Madre el mal que Eva hizo con su desobediencia”<sup>94</sup>. La obediencia de María fue mucho más perfecta que la de todos los demás Santos, porque hallándose todos los hombres inclinados al mal por el pecado original, hallan dificultad en obrar bien;

---

<sup>92</sup> Conc. de Annunt.

<sup>93</sup> Luc. I, 48.

<sup>94</sup> Ap. Parap., p. 2, c. 11.



“mas no sucedió así con la bienaventurada Virgen María —escribió San Bernardino—, porque hallándose exenta de la culpa, nada había que pudiese impedirle amar a Dios, sino que fue como una rueda que se movía veloz a todas las inspiraciones divinas”<sup>95</sup>, “por lo que no hizo otra cosa en este mundo —como dice el mismo Santo—, sino observar y practicar lo que era del agrado de Dios”<sup>96</sup>. De ella se dijo: “Mi alma quedó desfallecida al oír la voz de mi amado”<sup>97</sup>. A lo que Ricardo añade que el alma de María era como un metal derretido dispuesta a tomar todas las formas que Dios quería darle.

En efecto, María manifestó bien cuán pronta se hallaba a obedecer, primeramente cuando para complacer a Dios quiso también obedecer al emperador romano, haciendo aquel viaje tan largo de noventa millas desde Nazareth a Belén, en tiempo de invierno, estando encinta y tan pobre que se vio después obligada a parir en un establo. Así también estuvo pronta al aviso de San José, para ponerse luego en camino en aquella misma noche y emprender otro viaje más largo y penoso a Egipto. Aquí pregunta Silveira: “¿Por qué la revelación de la huida a Egipto se hizo a San José y no a la bienaventurada Virgen, que debía experimentar más la fatiga del viaje?” Y contesta: “Para que la Virgen tuviese ocasión de practicar este acto de obediencia a lo que se hallaba tan dispuesta.” Mas, en lo que principalmente demostró su heroica obediencia a

---

<sup>95</sup> Serm. 11 a 3, c. 2.

<sup>96</sup> Tom. 2, S. 40, n. 3, c. 2.

<sup>97</sup> Cant. V, 6.

la voluntad divina, fue cuando ofreció su Hijo a la muerte con tanta constancia, que, como dijo San Ildefonso, a falta de verdugos, hubiera estado pronta para crucificarle<sup>98</sup>. Así es que sobre las palabras que dijo el Redentor a aquella mujer del Evangelio, cuando exclamó: “Bienaventurado el vientre que te llevó”; y Jesús contestó: “Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican”<sup>99</sup>; el venerable Beda escribió que María fue más dichosa por la obediencia a la divina voluntad que por haber sido Madre del mismo Dios<sup>100</sup>.

Por esto los que practican la obediencia complacen especialmente a la Virgen. Un día se apareció la misma a un religioso franciscano llamado Acorso, en su misma celda; pero, a pesar de esta visita, éste salió de la celda porque le llamó la obediencia para ir a confesar a un enfermo. Habiendo regresado, encontró a María que le estaba esperando y le alabó mucho su obediencia. Al contrario, reprendió mucho a otro religioso porque oyendo tocar al refectorio se detuvo a concluir unas oraciones<sup>101</sup>. Y hablando a Santa Brígida de la seguridad que ofrece obedecer al padre espiritual le dijo: “La obediencia introduce a todos en la gloria”<sup>102</sup>. “Así es —decía San Felipe Neri—, porque Dios no pide cuenta de las cosas hechas por obediencia, habiendo El mismo dicho: «El que os escucha, me escucha a mí, y el que os desprecia, a mí me despre-

---

<sup>98</sup> Ap. Parav., p. 2, c. 12.

<sup>99</sup> Luc. XI, 28.

<sup>100</sup> C. 49 in Luc.

<sup>101</sup> Véase el padre Marcancio: *Diario de la Virgen*.

<sup>102</sup> Rev. I. 6, c. 11.-

cia»”<sup>103</sup>. Por fin, la misma Madre de Dios reveló también a Santa Brígida que por el mérito de su obediencia había alcanzado del Señor que todos los pecadores arrepentidos que acudiesen a ella sean perdonados. ¡Ah Reina y Madre nuestra!, rogad a Jesús por nosotros, y alcanzadnos por el mérito de vuestra obediencia el ser fieles en someternos a su voluntad y a los preceptos de nuestros padres espirituales. Amén.

### IX. *De la paciencia de María*

Siendo este mundo un lugar de méritos, con razón se llama valle de lágrimas; pues aquí todos estamos puestos para padecer y conquistar con la paciencia la vida eterna a nuestras almas, como ya lo expresó el Señor diciendo: “Con vuestra paciencia poseeréis vuestras almas”<sup>104</sup>. Dios nos dio a la Virgen María como modelo de todas las virtudes, pero especialmente como ejemplar de paciencia. San Francisco de Sales hace entre otras esta reflexión, que Jesucristo en las bodas de Caná dio para este fin a la Santísima Virgen aquella contestación con la cual parecía que no hacía caso de sus ruegos, precisamente para ofrecernos un ejemplo de la paciencia de su Santa Madre. Mas ¿qué necesidad hay de citar casos cuando toda la vida de María fue un continuo ejercicio de paciencia, cuando la bienaventurada Virgen vivió siempre entre penas, como el Angel lo reveló a Santa Brígida?<sup>105</sup>. Solamente

---

<sup>103</sup> Luc. X. 16.

<sup>104</sup> Luc. XXI. 19.

<sup>105</sup> Serm. Ang., c. 10.

el dolor que sintió por los tormentos del Redentor bastó para hacerla mártir de paciencia; por lo que dijo San Buenaventura: “Crucificada concibió al Crucificado.” Cuánto padeciese en el viaje y permanencia en Egipto, así como durante todo el tiempo que vivió con su Hijo en la tienda de Nazareth, ya lo hemos considerado antes al hablar de sus dolores. Solamente la presencia de María junto a su Hijo moribundo en el Calvario es suficiente para probar cuán constante y sublime fue su paciencia. Entonces fue cuando por el mérito de su paciencia, como dice el beato Alberto Magno, se hizo nuestra Madre y nos parió en la vida de la gracia.

Si deseamos, pues, ser hijos de María, debemos procurar imitar su paciencia. “¿Qué modo mejor —dice San Cipriano—, para enriquecernos de méritos en esta vida y de gloria en la otra, que el sufrir con paciencia las penas?” Dios dijo por boca de Oseas: “Yo cerraré tu camino con espinas”<sup>106</sup>, a lo que San Gregorio añade: “Las sendas de los escogidos están circuidas de espinos. Así como se circuye la viña de espinos para conservarla, así Dios rodea de tribulaciones a sus siervos para que no tengan apego a las cosas de la tierra.” Por esto concluye San Cipriano que la paciencia nos libra del pecado y del infierno, y es la que hace los Santos<sup>107</sup>, llevando con paz las cruces que nos vienen directamente de Dios, esto es, las enfermedades, la pobreza, etc., lo mismo que las que nos vienen de los hombres, como persecuciones, injurias,

---

<sup>106</sup> II, 6.

<sup>107</sup> Jac. II, 4.

etc. San Juan vio a todos los Santos con palmas en las manos (señal del martirio); lo que significa que todos los adultos que se salvan han de ser mártires o de sangre o de paciencia. A vista de esto exclama lleno de gozo San Gregorio: "Si conservamos la paciencia, podemos ser también mártires sin hierro." Si sufrimos las penas de esta vida, como dice San Bernardo, con paciencia, con gusto y con alegría, ¡ah!, ¡cómo fructificará en el cielo cada pena sufrida por Dios! Por esto, el Apóstol nos anima a que suframos las breves aflicciones de esta vida<sup>108</sup>; y Santa Teresa nos hace estas hermosas advertencias: "El que abraza la cruz no la siente. Cuando alguno se decide a sufrir, la pena se acaba." Cuando nos sentimos, pues, oprimidos bajo el peso de las cruces, acudamos a María, a la cual la Iglesia llama: "Consuelo de afligidos"; y San Juan Damasceno: "Medicamento para todos los dolores de los corazones." ¡Ah Señora mía dulcísima, Vos inocente padecisteis con tanta paciencia, y yo reo del infierno rehusaré padecer! Madre mía, no os pido hoy la gracia de que me libréis de las cruces, sino la de llevarlas con paciencia. Por el amor de Jesús os ruego que me alcancéis esta gracia que espero de Vos.

## X. *De la oración de María*

Jamás hubo alma alguna sobre la tierra que practicara con tanta perfección como la bienaventurada Virgen aquel gran precepto de nuestro Salvador:

---

<sup>108</sup> Apoc. VII, 9.

<sup>109</sup> II Cor. IV, 17.

“Convienes siempre orar y no desfallecer”<sup>110</sup>. “Nadie mejor que María —dice San Buenaventura— puede presentarnos el ejemplo y enseñarnos la necesidad de la perseverancia en la oración”<sup>111</sup>. El beato Alberto Magno atestigua que en la virtud de la oración fue la divina Madre, después de Jesucristo, la más perfecta de cuantas ha habido ni habrá jamás<sup>112</sup>. Primeramente, porque su oración fue continua y perseverante. Desde el primer instante de su vida, y del perfecto uso de su razón, como dijimos en el discurso sobre su nacimiento, empezó a orar. Por esto, también a fin de poder dedicarse mejor a la oración, quiso a la edad de tres años encerrarse en el retiro del templo, en donde, además de las horas destinadas a la oración, se levantaba siempre a la media noche para ir a orar delante del altar del templo, como ella misma lo dijo a Santa Isabel virgen<sup>113</sup>. A este fin también, y para meditar continuamente las penas de Jesús, según dice Odilon, visitaba con frecuencia los lugares del nacimiento, pasión y sepultura del Señor. Además, su oración fue enteramente recogida, como escribió San Dionisio Cartujano, y exenta de toda distracción y de todo afecto desordenado<sup>114</sup>.

Por esto la bienaventurada Virgen, estimulada por su amor a la oración, amó tanto la soledad que, como dijo a Santa Brígida, se abstuvo de hablar en el templo

---

<sup>110</sup> Luc. 18, 1.

<sup>111</sup> In Spec., c. 4.

<sup>112</sup> Sup. Mis. 80.

<sup>113</sup> Ap. S. Bon. de Vit. Christ., c. 3.

<sup>114</sup> De Laud. Virg. l. 2, art. 8.

hasta con sus santos padres. Reflexionando San Jerónimo sobre las palabras de Isaías: “Una virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emanuel”<sup>115</sup>, dice que en hebreo la palabra “virgen” significa propiamente *virgen retirada*, de manera que hasta el Profeta vaticinó el amor que María había de tener a la soledad. Ricardo dice que si el Angel dijo aquellas palabras a la Virgen: “El Señor es contigo”, fue en mérito de la soledad que ella tanto amaba<sup>116</sup>. Y por esto afirma San Vicente Ferrer que la divina Madre nunca salió de su casa sino para ir al templo, y entonces andaba con la mayor compostura, fijos siempre los ojos en tierra<sup>117</sup>. Por esto, igualmente al ir a visitar a Santa Isabel caminó apresuradamente, con lo que, dice San Ambrosio, “las vírgenes deben aprender a huir del público”. San Bernardo afirmó que el amor de María a la oración y a la soledad hacía que procurase cuidadosamente evitar las conversaciones con los hombres, por lo que el Espíritu Santo la llama *tortolilla*<sup>118</sup>, palabra que explica Vergelio diciendo: “La tórtola es ave solitaria y designa la virtud unitiva del entendimiento”<sup>119</sup>. Y de aquí es que la bienaventurada Virgen vivió siempre solitaria en este mundo como en un desierto; y por esto se dijo de ella: “¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo?”<sup>120</sup>. Sobre cuyas palabras escribió el abad

---

<sup>115</sup> C. VII, 14.

<sup>116</sup> L. I, c. 6.

<sup>117</sup> Serm. in Virg. Nat.

<sup>118</sup> Cant. I, 9.

<sup>119</sup> Ap. S. Bon. Dist.

<sup>120</sup> Cant. III, 6.

Ruperto: “Así subiste por el desierto conservando la soledad en tu alma.”

Dice Filón que el Señor no habla a las almas, sino en la soledad; lo que declaró Dios mismo por Oseas: “La conduciré a la soledad y le hablaré al corazón”<sup>121</sup>. Por lo que San Jerónimo exclama: “¡Oh soledad en que Dios habla y conversa familiarmente con los suyos!” “Sí — dice San Bernardo —, porque la soledad y el silencio que en ella se goza impelen al alma a salir con el pensamiento de la tierra y a meditar los bienes del cielo.” Virgen Santísima, alcanzadnos el amor a la oración y a la soledad, a fin de que desprendiéndonos del amor de las criaturas podamos aspirar sólo a Dios y al cielo, en donde esperamos veros algún día para alabar siempre y amar juntamente con Vos a vuestro Hijo Jesús, en los siglos de los siglos. Amén.

“Acercaos a mí todos los que estáis prendados de mi amor, y saciaos de mis frutos”<sup>122</sup>. Los frutos de María son sus virtudes.

Ni antes ni después igual tuviste;

Sola a Dios sin ejemplo complaciste<sup>123</sup>.

---

<sup>121</sup> C. II, 14.

<sup>122</sup> Eccli. XXIV, 26.

<sup>123</sup> Sedulius. -



## VARIOS OBSEQUIOS

DE DEVOCIÓN

### A MARIA SANTÍSIMA

CON EL MODO DE PRACTICARLOS

“La Reina del cielo es tan generosa y agradecida —dice San Andrés Cretense— que en recompensa de los más pequeños servicios otorga grandes favores”<sup>1</sup>. Sin embargo, para ser así recompensado se necesitan dos cosas: la primera, que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma limpia de pecados; de lo contrario María nos daría la misma contestación que dio a un soldado vicioso, el cual, según refiere San Pedro Celestino<sup>2</sup>, cada día practicaba algún acto de devoción en su honor. Un día que estaba sufriendo mucha hambre se le apareció la Virgen y le presentó algunas viandas exquisitas, pero dentro de una vasija tan sucia, que él no se atrevió a gustarlas. “Yo soy —le dijo

---

<sup>1</sup> Or. 2 de Dorm. Virg.

<sup>2</sup> Opusc., c. 23.

entonces María — la Madre de Dios que he venido a socorrer tu hambre.” “Pero en esta vasija —respondió el soldado—, no me atrevo a comer.” “Y ¿cómo quieres —replicó la Virgen— que yo acepte tus devociones ofreciéndomelas con un alma tan cargada de vicios? Al oír estas palabras el soldado se convirtió, se hizo ermitaño, vivió por espacio de treinta años en el desierto y apareciéndosele otra vez la Virgen a la hora de su muerte le llevó al cielo. He dicho en la primera parte que es imposible, moralmente hablando, que un devoto de María se condene; pero esto se entiende con la condición de que este viva sin pecados o a lo menos que desee salir de ellos, porque entonces María le ayudará. Al contrario, si alguno quisiese pecar con la esperanza de que la Santísima Virgen le salvará, por su culpa se haría indigno e incapaz de que la misma le protegiese. La segunda condición consiste en perseverar en la devoción de María. “Sólo la perseverancia —dice San Bernardo—, merece la corona”<sup>3</sup>. Tomás de Kempis acostumbraba en su juventud dirigir algunas oraciones a la Virgen; mas dejó de rezarlas un día, después por espacio de algunas semanas, y por último las dejó enteramente. Una noche vio en sueños a María que abrazaba a sus compañeros, pero llegando a él: “¿Qué esperas —le dijo—, tú que has dejado tus devociones? Apártate, que eres indigno de mis abrazos.” Tomás se despertó amedrentado y repitió sus acostumbradas oraciones. Luego dijo bien Ricardo: “El que acuda a María con perseverancia será bienaventurado en su esperanza, porque alcanzará cuanto

---

<sup>3</sup> Ep. 129.

deseare”<sup>4</sup>. Mas como ninguno puede estar seguro de esta perseverancia, por esto nadie puede estar cierto de su salvación hasta la muerte. No deja de ser, pues, una lección bien memorable la que el hermano Juan Berkman dio al morir a sus compañeros, cuando pidiéndole les dijera qué devociones podían practicar más agradables a la Virgen para alcanzar su protección, contestó: “Cualquiera, por mínima que sea, con tal que se haga constantemente.” Por lo mismo añado aquí al fin simple y sucintamente varias devociones que podemos hacer a nuestra Madre para conseguir su gracia, las cuales forman, a mi ver, la parte más útil de esta obrita. Pero no encargo tanto a mi amado lector que las practique todas, cuanto que practique con perseverancia las que eligiere, y que las practique con temor de perder la protección de la divina Madre si después se olvida de continuarlas. ¡Ah!, ¡cuántos se hallan ahora en el infierno que se hubieran salvado si hubiesen continuado haciendo a María las devociones que una vez habían empezado!

## OBSEQUIO I

### *Del Ave María*

La Virgen Santísima agradece mucho esta salutación angélica, porque entonces parece que se le renueva el gozo que experimentó cuando San Gabriel le anunció que sería Madre de Dios. Por esto, y a este fin,

---

<sup>4</sup> Lib. 2, p. 48.

debemos saludarla con frecuencia con el *Ave María*. “Saludadla con la Salutación angélica —dice Tomás de Kempis—, porque oye esta voz con mucho gusto”<sup>5</sup>. La misma divina Madre dijo a Santa Matilde que no podía dirigírsele una Salutación mas agradable. El que saluda a María, será a su vez saludado por ella. San Bernardo oyó una vez de un modo muy inteligible que una imagen de la Virgen le saludaba diciéndole: Dios te salve, Bernardo”<sup>6</sup>. “La salutación de María —dice San Buenaventura— consiste en alguna gracia con que ella corresponde siempre a quien la saluda. Nos saludará gustosa con la gracia, si con agrado la saludamos con el *Ave María*”<sup>7</sup>. Y Ricardo añade: “¿Por ventura podrá negar la gracia al que se llega a la Madre del Señor diciéndole: *Ave María*?” La misma Virgen prometió a Santa Gertrudis tantos auxilios en la muerte, cuantas *Ave Marías* ella le hubiese dicho. El beato Alano afirmaba que así como al decirse esta oración el cielo se alegra, así tiembla y huye el demonio; y Tomás de Kempis atestigua por experiencia que al decir *Ave María*, luego huyó el demonio que una vez se le había aparecido<sup>8</sup>.

La práctica de este obsequio consiste:

1.º En decir cada mañana al levantarse, y por la noche al acostarse tres *Ave Marías* postrado en tierra o a lo menos arrodillado, añadiendo a cada una aquella breve oración: “Por vuestra pura e inmaculada con-

---

<sup>5</sup> Serm. 31 ad Nov.

<sup>6</sup> Marc. 20 Ang.

<sup>7</sup> Vide Auriem. off Scamb. t. 1, c. 6.

<sup>8</sup> Serm. 1 ad Nov.

cepción, oh María, purificad mi cuerpo y santificad mi alma"; pidiendo luego la bendición a María como Madre nuestra, conforme lo hacía siempre San Estanislao; y poniéndose en fin bajo la protección de Nuestra Señora, rogándole que nos guarde de pecar en aquel día o noche que sigue. Al efecto es bueno tener junto a la cama una hermosa imagen de la Virgen.

2.º En decir el *Angelus Domini*, etc., con las tres *Avemarias* de costumbre por la mañana, mediodía y noche. El primero que concedió indulgencias a esta devoción fue Juan XXII en ocasión, según refiere el padre Crasset<sup>9</sup>, de que hallándose un reo condenado a la hoguera, por haber invocado a María en la vigilia de su Anunciación, quedó ileso en medio de las llamas hasta en sus vestidos. Ultimamente Benedicto XIII concedió cien días de indulgencia al que rezare el *Angelus*, y al cabo del mes indulgencia plenaria confesando y comulgando. El padre Crasset habla de otras indulgencias concedidas por Clemente X al que al fin de cada *Ave María* añada: "Gracias a Dios y a María"<sup>10</sup>. Antes todos se arrodillaban cuando sonaba la campana para rezar el *Angelus*, de lo que parece se avergüenzan algunos ahora. Pero San Carlos Borromeo no se ruborizaba de apearse de la carroza o del caballo para rezarlo en la calle, y algunas veces en medio del lodo. Refiérese de un religioso que no queriéndose arrodillar al toque de las *Ave Marias* vio que el campanario se inclinó tres veces, oyendo al propio tiempo una voz que dijo: "Tú no haces lo que

---

<sup>9</sup> Tom. 1, tr. 6, part. 2.

<sup>10</sup> Loc. cit.

practican las criaturas insensibles.” Es de advertir que, según ha explicado Benedicto XIV, en el tiempo pascual en lugar del *Angelus* se reza en pie la antifona *Regina coeli*, etc., y desde las vísperas del sábado y todos los domingos del año se dice el *Angelus* también de pie.

3.º En saludar a la Madre de Dios con el *Ave María* cada vez que se oye sonar la hora en el reloj. Alfonso Rodríguez saludaba a María cada hora; y de noche los Angeles le despertaban a fin de que no dejase esta devoción.

4.º En saludar a la Virgen con el *Ave María* al salir de casa y al entrar en ella, para que fuera y dentro nos preserve de pecados, besándole cada vez los pies, como acostumbran hacerlo los religiosos Cartujos.

5.º En reverenciar con el *Ave María* las imágenes de la Virgen que encontremos; y al efecto el que pueda haga colocar en las paredes exteriores de su casa una hermosa imagen de María, a fin de que las personas que pasen por la calle la saluden. En Nápoles, y más aún en Roma, se ven hermosísimas imágenes de Nuestra Señora por las calles, puestas por los devotos.

6.º La Santa Iglesia ordena que todas las horas canónicas del oficio empiecen con la salutación angelica, y que también terminen con ella; por lo que será útil que en el principio y en el fin de cada acción se diga siempre un *Ave María*. Digo de cada acción, ya sea espiritual, como la oración, la confesión, la comunión, la lectura espiritual, el oír el sermón y otras semejantes; ya temporal, como el estudio, el dar consejo, el trabajo, el ir a la mesa, el acostarse, etc. ¡Dichosas las acciones que estarán encerradas entre dos *Ave Marías*!

Asimismo al despertarse por la mañana, al cerrar los ojos para dormir, en cualquiera tentación, en todo peligro, en cualquier ímpetu de cólera y otros semejantes, dígase siempre una *Ave María*. Practica, pues, mi amado lector, esta devoción y verás la grande utilidad que reportarás de ello; advirtiéndolo que por cada *Avemaría* se ganan veinte días de indulgencia<sup>11</sup>. Además, el padre Auriema refiere<sup>2</sup> que la Virgen Santísima prometió a Santa Matilde una buena muerte si rezase cada día tres *Ave Marías* a su poder, sabiduría y bondad; y dijo también la misma a la beata Juana de Francia, que el *Ave María* le era en extremo agradable, especialmente diciéndola diez veces en honor de sus diez virtudes, como puede verse en Marracio, el cual habla de las muchas indulgencias concedidas a estas diez *Ave Marías*<sup>13</sup>.

## OBSEQUIO II

### *De las Novenas*

Los devotos de María celebran con mucha atención y fervor las Novenas de sus festividades, en las que la Santísima Virgen dispensa con el más acendrado amor sus innumerables y especialísimas gracias. Santa Gertrudis vio un día debajo el manto de la divina Madre una multitud de almas, a las que la excelsa Reina

---

<sup>11</sup> Ap. Viva, de Indul., pár. últ.

<sup>12</sup> Loc. cit.

<sup>13</sup> Ap. Marrac. p. 25.

contemplaba con mucho afecto, y comprendió que aquéllas eran las que en los días anteriores se habían preparado con ejercicios devotos para la fiesta de la Asunción. Los ejercicios que pueden practicarse en las Novenas son los siguientes:

1.º Hacer oración mental por mañana y tarde, visitar al santísimo Sacramento, añadiendo nueve *Padre nuestros, Ave Marías y Gloria Patri*.

2.º Hacer tres visitas a María delante de alguna de sus imágenes, dando gracias al Señor por los privilegios que concedió esta Señora, pedir cada vez a la Virgen alguna gracia especial y en una de estas visitas leer la oración que se halla arriba y va continuada al fin de cada una de sus fiestas.

3.º Hacer muchos actos de amor (a lo menos ciento o cincuenta a María y a Jesús), pues no podemos practicar cosa que sea más de su agrado que amar a su Hijo, como ella mismo lo dijo a Santa Brígida: “Si quieres obligarme, ama a mi Hijo Jesús.”

4.º Leer cada día de la Novena durante un cuarto de hora algún libro que trate de las glorias de la Virgen.

5.º Imponerse algunas mortificaciones exteriores, como el cilicio, la disciplina u otra semejante, con el ayuno o absteniéndose en la mesa de frutas u otro manjar delicado, a lo menos en parte, mascando también alguna yerba amarga; y después en la vigilia de la fiesta ayunar a pan y agua; pero todo esto debe hacerse siempre con licencia del padre espiritual. Las mejores mortificaciones que pueden practicarse con estas Novenas son las interiores, como abstenerse de mirar y oír por curiosidad, estar retirado, guardar silencio, obedecer, no contestar con impaciencia, sufrir



con resignación en las adversidades y otras cosas semejantes, que pueden practicarse con menos peligro de vanagloria y mayor mérito sin necesitarse la licencia del confesor. El ejercicio mas útil consiste en proponerse desde el principio de la Novena el corregirse de algún defecto a que suele ser más propensa la persona que la hace. Para conseguirlo es bueno en cada una de dichas tres visitas pedir perdón de las caídas pasadas, renovar el propósito de no caer más, e implorar el auxilio de María. El obsequio más agradable a la Virgen es el imitar sus virtudes; por lo que a más de esto será útil en cada Novena proponerse imitar alguna virtud especial de María, la que se adapte más al misterio, como por ejemplo, en la fiesta de la *Concepción*, la pureza de intención; en el *Nacimiento*, la renovación del espíritu saliendo de la tibieza; en la *Presentación*, el desprendimiento de alguna cosa a la que conozcamos tenemos más afición; en la *Anunciación*, la humildad en sufrir los desprecios, etc.; en la *Visitación*, la caridad con el prójimo, haciendo limosnas, etc., a lo menos rogando por los pecadores; en la *Purificación*, la obediencia a los superiores, y en la *Asunción*, en fin, practicar el desprendimiento de las cosas terrenas y prepararse para la muerte procurando vivir como si cada día fuese el último de nuestra vida. De este modo las Novenas producirán muy buenos resultados.

6.º Además, después de la comunión en el día de la fiesta, es bueno pedir con más frecuencia el permiso al padre espiritual para comulgar durante el curso de la Novena. El padre Señeri decía que no podemos honrar mejor a María que estando con Jesús. Y la misma

Virgen reveló a una alma santa, como refiere el padre Crasset<sup>14</sup>, que no se le puede ofrecer cosa más agradable que la sagrada comunión, porque allí Jesucristo recoge en las almas el fruto de su Pasión. Parece que la Virgen Santísima está suspirando porque comulguen sus fieles siervos, y les convida a este banquete diciéndoles: *Venid y comed mi pan y bebed el vino que os tengo preparado.*

7.º Por último, en el día de la fiesta, después de la comunión, debemos ofrecernos a servir a esta divina Madre, pidiéndole la gracia de la virtud que nos hayamos propuesto en la Novena u otra gracia especial. Y es bueno destinar cada año entre las otras alguna festividad de la Virgen, a la que tengamos mayor devoción y afecto, y prepararse en ésta de un modo particular a fin de poder dedicarnos nuevamente, y de un modo más especial, a su servicio, eligiéndola por nuestra Reina, Abogada y Madre<sup>15</sup>. Y entonces le pediremos perdón de las faltas en que incurrimos sirviéndola el año pasado, y le prometeremos hacerlo con mayor fidelidad para el año siguiente. Le rogaremos, en fin, que nos acepte por siervos y nos alcance una santa muerte.

---

<sup>14</sup> Tom. 2, tr. 6, part. 6.

## OBSEQUIO III

### *Del Rosario y del Oficio Parvo*

Nadie ignora que la devoción al Santísimo Rosario se la reveló a Santo Domingo la misma Madre de Dios. Triste y afligido el Santo, al ver los estragos que los herejes albigenses causaban a la Iglesia, se lamentaba en presencia de María. La Soberana Señora le dijo un día: “Esta tierra permanecerá siempre estéril mientras no la riegue el rocío del cielo”. Al mismo tiempo entendió el Santo que la lluvia a que aludía la Virgen era la devoción al Santo Rosario, que él debía propagar. Así lo hizo, y con sus predicaciones consiguió que la abrazaran todos los católicos; por manera que en la actualidad no hay devoción, ni más universal, ni más generalmente practicada por los fieles, que esta del Santo Rosario.

Los herejes modernos, tales como Calvino, Bucero y otros, han hecho grandes esfuerzos para desacreditarla, y nada han conseguido; porque harto conocidas son de todo el mundo las singulares ventajas que se reportan de esta devoción nobilísima.

¡Cuántos, merced a ella, se han visto libres de sus pecados!, ¡cuántos han comenzado a llevar vida santa!, ¡cuántos por este medio alcanzaron una buena muerte y se salvaron! Bastará leer los libros que tratan de esto; mas para nosotros debe bastarnos el saber que esta devoción está aprobada por la Santa Iglesia y que los Soberanos Pontífices han enriquecido con muchas indulgencias.

Para ganar las indulgencias del Rosario es menester que mientras se reza se mediten los misterios, según van señalados en muchos libros de piedad; los que no lo saben, bastará que mediten algún paso de la vida y pasión de Jesucristo, como la flagelación, la muerte, etc. Es necesario también rezar el Rosario con devoción; pues según una revelación hecha a la B. Eulalia, la bienaventurada Virgen prefiere que se recen cinco decenas despacio y con devoción, que los quince con precipitación y ningún fervor.

Por esto no estará de más el rezar el Rosario de rodillas y delante de alguna imagen de María, comenzando cada decena con un acto de amor a Jesús y a María, pidiéndoles a la vez alguna gracia especial. Adviértase además que es más provechoso rezar el Rosario en compañía de otros que en particular.

El Oficio Parvo de la Virgen dicen que lo compuso San Pedro Damiano. A los que lo recen concedió Urbano II muchas indulgencias. También le es muy agradable el rezo de las *Letanías*, así como el himno *Ave Maris Stella*, que cada día rezaba Santa Brígida por orden de la Virgen; y, sobre todo, el cántico del *Magnificat*, puesto que al rezarlo alabamos a Dios con las mismas palabras que Ella empleó para glorificarle.

## OBSEQUIO IV

### *Del ayuno*

Muchos son los devotos de María que suelen ayunar en su honor los sábados y las vigiliass de sus fiestas principales. La Santa Iglesia ha dedicado el día del

sábado a honrar de modo especial a María; porque, como dice San Bernārdo, “la Virgen Santísima perseveró constante en la fe, el sábado que siguió a la muerte de Jesús, y por eso convenía que la Iglesia celebrase de especial manera en honor de María todos los sábados del año”. Apoyados en esto los siervos de esta augusta Señora la obsequian en este día con alguna particular devoción, especialmente ayunando.

Tengo yo para mí que difícilmente se condenará el que practique esta devoción, no porque si llega a morir en pecado mortal le libre la Virgen del infierno por un milagro, como acaeció al capitán de bandidos, que estos prodigios de la divina misericordia raras veces acontecen, y fuera locura insigne el apoyar en ellos la esperanza de nuestra eterna salvación; lo que digo es que los que honran a María con este obsequio fácilmente alcanzarán la perseverancia final en la gracia de Dios y una buena muerte.

Todos los miembros de nuestra humilde Congregación, a lo menos los que tienen fuerzas para ello, ayunan todos los sábados a pan y agua en honor de María. Digo los que se sienten con fuerzas, porque si alguno, por motivos de salud, no puede ayunar con tanto rigor, bastará que se contente los sábados con un solo plato, o bien que ayune como de ordinario, o se abstenga de frutas o de otros manjares sabrosos al paladar.

A estas abstinencias convendría añadir los sábados algunos especiales obsequios en honor de la Virgen, tales como oír la santa Misa, o comulgar o visitar alguna imagen de María, y otros semejantes. En las vigiliās de las siete fiestas principales de la Virgen sus

fieles devotos deben procurar ayunar como mejor puedan, atendidas sus fuerzas corporales.<sup>16</sup>

## OBSEQUIO V

### *De las visitas a las imágenes de María*

Dice el padre Segneri que el demonio, para compensarse de las pérdidas que ha sufrido con la destrucción de la idolatría, no ha hallado mejor medio que excitar a los herejes a perseguir las sagradas imágenes; mas la Santa Iglesia las ha defendido hasta con la sangre de sus mártires, y la Madre de Dios no ha cesado de multiplicar sus prodigios para manifestarnos cuán de su agrado es el que honremos y visitemos sus sagradas imágenes.

Cuando a San Juan Damasceno le cortaron la mano por haber defendido con sus escritos las imágenes de María, esta augusta Señora milagrosamente se la restituyó. Refiere el padre Spinelli que había en Constantinopla una imagen de María cubierta con un velo, el cual se descorría por sí solo al comenzar las vísperas del viernes, y por sí solo se tornaba a correr después de las vísperas del sábado. Estando cierto día San Juan de Dios ante una imagen de María, se abrió por sí solo el velo que la cubría; mas creyendo el sacristán que el Santo era un ladrón, le dio un puntapié, pero el pie le quedó seco en el acto.

Todos los devotos de María tienen la piadosa cos-

---

<sup>16</sup> También este obsequio penitencial tiene vinculado indulgencia parcial, lo mismo que la limosna.

tumbre de visitar con grandes demostraciones de afecto y devoción las imágenes de María y las iglesias dedicadas a su culto. Estas son las verdaderas ciudades de refugio, dice San Juan Damasceno, donde estaremos al abrigo de las tentaciones y de los castigos merecidos por nuestros pecados. Lo primero que hacía el emperador San Enrique, al entrar en una ciudad, era visitar alguna iglesia de María. El padre Tomás Sánchez jamás volvía a su convento sin haber antes visitado alguna iglesia dedicada a la Virgen.

No debemos, pues, considerar como cosa de gran trabajo el visitar todos los días a nuestra augusta Reina en alguna iglesia o capilla o en nuestra propia casa, en donde no estaría de más el erigir a su imagen un pequeño oratorio en un lugar retirado, adornado con flores y colgaduras y provisto de lámparas o cirios, y rezar en su presencia las letanías, el rosario y otras oraciones. Con este fin he compuesto un librito, impreso ya ocho veces, para hacer todos los días del mes la visita al Santísimo Sacramento y a María Santísima. Es también muy de alabar que los devotos de la Virgen mandaran celebrar en alguna iglesia o capilla con cierta solemnidad las fiestas principales de María, haciéndolas preceder de una novena con sermón y exposición del Santísimo Sacramento.

Creo que será de gran provecho el trasladar aquí lo que refiere el padre Spinell en el número 65 de su obra *Los milagros de la Virgen*. En la vigilia de Pentecostés del año 1611 se había reunido gran concurso de gente en el célebre santuario de María, llamado *Montevergine*. Habiéndose entregado la multitud a bailes, embriagueces y deshonestidades, quedaron profanadas

las fiestas religiosas. De repente estalló un formidable incendio en la casa donde los profanadores se habían reunido, y, como era de tablas, en menos de hora y media quedó reducida a cenizas, muriendo en la catástrofe más de 1.500 personas. Cinco que sobrevivieron depusieron, bajo fe de juramento, que habían visto a la Madre de Dios con dos antorchas encendidas poniendo fuego al edificio.

Suplico, pues, con mucho encarecimiento a los devotos de María que se abstengan de ir a tales romerías y procuren disuadir a otros el asistir a semejantes fiestas; porque en ellas más provecho saca el demonio, que honra y gloria la Madre de Dios. El que tenga devoción de visitar los santuarios de María, que lo haga cuando entienda que no hay concurso y aglomeración de gentes.

## OBSEQUIO VI

### *Del Escapulario*

Así como los grandes del mundo tienen a grande honra y gloria el que otros hombres lleven su librea, así también María Santísima se complace en que sus devotos y fieles servidores vistan su escapulario, para dar testimonio de que están consagrados a su servicio y que pertenecen a la familia de la Madre de Dios. Los herejes modernos se ríen maliciosamente de esta devoción; pero la Santa Iglesia la ha aprobado por muchas Bulas, y la ha enriquecido con el tesoro de las indulgencias.



Hablando del Escapulario del Carmen, Lezana y el padre Crasset dicen que por los años de 1251 se apareció la Santísima Virgen a San Simón Stock, natural de Inglaterra, y dándole el escapulario le dijo que los que lo llevasen se verían libres de la condenación eterna. “Recibe, hijo mío amadísimo — fueron las palabras que le dirigió la Virgen —, recibe este Escapulario de tu Orden en señal de alianza conmigo, y como privilegio para ti y para todos los religiosos del Carmelo. El que muera vistiendo este hábito, no padecera los eternos tormentos del infierno”.

Refiere además el padre Crasset que en otra ocasión se apareció la Virgen al Papa Juan XXII y le mandó que hiciese saber a todos los que llevasen este santo hábito que se verían libres del Purgatorio el sábado siguiente al día de su muerte.

## OBSEQUIO VII

### *De las Cofradías de la Santísima Virgen*

Gentes hay que reprueban las Cofradías, diciendo que a las veces engendran discordias y que muchos entran en ellas por miras humanas. Mas así como no se reprueba el entrar en la iglesia y recibir los sacramentos, no obstante el abuso que algunos hacen de ellos, así tampoco se han de condenar las Congregaciones marianas. Los Soberanos Pontífices, lejos de reprobarlas, les han tributado grandes elogios y enriquecidolas con muchas indulgencias. San Francisco de

Sales exhortaba con mucho encarecimiento a los seglares que se alistasen en las Cofradías. ¿Qué no hizo San Carlos Borromeo para fundarlas y multiplicarlas? En las instrucciones sinodales que compuso, insistiendo sobre este punto exhorta a los confesores que con todas sus fuerzas persuadan a sus penitentes que se inscriban en alguna Cofradía. Sobrada razón tenía para obrar así, porque estas Asociaciones piadosas, especialmente las que tienen por fin honrar a María, son otras tantas arcas de Noé, en las cuales hallan los pobres seglares un lugar de refugio que los preserve del diluvio de tentaciones y pecados que inundan al mundo. En nuestras misiones hemos palpado, como con la mano, la utilidad de estas Congregaciones. Ordinariamente hablando, peca más un hombre solo que no pertenece a ninguna Cofradía, que veinte que las frecuentan.

Puede con toda verdad decirse que las Congregaciones son como la torre de David; y *y la torre de David* — dice la Escritura —, *que está ceñida de baluartes, de la cual pueden mil escudos, arneses todos de valientes* (Cant. 4, 4). Esta es precisamente la razón por la cual se saca tanto provecho de las Cofradías, porque los congregantes hallan en ellas muchas armas para combatir al infierno y ponen en práctica, para perseverar a la gracia de Dios, muchos medios que fuera de las Congregaciones con gran dificultad ejercitarán los seglares.

1. Uno de los principales medios de salvación es meditar las verdades eternas. *Acuérdate de tus postrimeras* — dice el Espíritu Santo —, *y nunca jamás pecarás* (Eccli. 7, 40). Y si son tantos los que se condenan, es porque no piensan en ellas. *Está horrorosamente*

*desolada toda la tierra* —dice Jeremías—, *porque no hay nadie que reflexione en su corazón* (Jer. 12, 11). Por el contrario, los que frecuentan las Congregaciones tienen costumbre de pensar en las grandes verdades de la fe, por las lecturas y meditaciones que hacen y por los sermones que oyen. *Mis ovejas* —dijo Cristo— *oyen mi voz* (Jn. 10, 27).

2. Para alcanzar la salvación es también necesario encomendarse a Dios. *Pedid y recibiréis* (Jn. 16, 24), dice Jesucristo, y en las Cofradías hacen esto los cofrades con mucha frecuencia, y Dios atiende a sus ruegos con especial complacencia, pues ha prometido a la oración hecha en común más abundantes gracias. *Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos* (Mt. 18, 10). Sobre estas palabras dice San Ambrosio la siguiente reflexión: “Muchos que, separados, parecen débiles y flacos, unidos entre sí se tornan fuertes y poderosos, y es imposible que Dios no escuche las oraciones de muchos que a la vez imploran su favor.

3. En las Asociaciones piadosas hay más facilidad de frecuentar los sacramentos, tanto por virtud del reglamento, cuanto por el buen ejemplo de los demás asociados. Con esto se obtiene más fácilmente la perseverancia en la gracia de Dios; pues según declaración del Sagrado Concilio de Trento, “la santa Comunión es como un antídoto que nos libra de las faltas ordinarias y nos preserva de las mortales”.

4. Además de la frecuencia de sacramentos, en las Congregaciones se ejercitan las virtudes de mortificación, humildad, caridad para con los pobres y con los

cofrades enfermos. No estaría de más que en todas las Cofradías se introdujera la costumbre de asistir a los enfermos pobres de la localidad.

## OBSEQUIO VIII

### *De la limosna en honor de María*

Los devotos de María acostumbran, especialmente en el día del sábado, a hacer limosna en honor de la divina Madre. San Gregorio habla en sus *Diálogos* de un santo zapatero, llamado Deodato, quien el sábado distribuía entre los pobres todo lo que había ganado en la semana; por lo que una alma santa vio, en una visión, un suntuoso palacio que Dios preparaba en el cielo para este siervo de María, y que no se construía sino en el día del sábado. San Gerardo jamás negaba cosa alguna que se le pidiese en nombre de María. El padre Martín Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, hacía lo mismo, por lo que después confesó que no había pedido gracia alguna a María que no se la hubiese alcanzado. Habiendo este siervo de María sido muerto por los Hugonotes, la divina Madre apareció a sus compañeros con algunas vírgenes, a las cuales hizo envolver el cuerpo con una sábana, y se lo llevó<sup>17</sup>. Lo mismo practicaba Eberardo, obispo de Salisburgo; y por esto un santo monje le vio en figura de un niño en los brazos de María, la cual le dijo: “Este es mi hijo

---

<sup>17</sup> Ap. P. Pepe, tom. 5, lec. 245 in fin.

Eberardo, que jamás me negó nada.”. Lo mismo hacía Alejandro de Ales, el cual, instado en nombre de María por un lego de San Francisco para que se hiciese franciscano, dejó el mundo y entró en esta religión<sup>18</sup>. Complázcanse, pues, los devotos de la Virgen en dar cada día en su honor una pequeña limosna, y en aumentarla el sábado. Y si sus facultades no se lo permitieren, hagan a lo menos por amor de María alguna obra otra obra de caridad, como asistir a los enfermos, rogar por los pecadores, por las almas del purgatorio, etc. Las obras de misericordia son muy agradables al corazón de esta piadosa Madre.

## OBSEQUIO IX

### *De la frecuente invocación a María*

Yo afirmo que entre todas las prácticas de devoción ninguna es tan agradable a nuestra Madre como que acudamos con frecuencia a su intercesión pidiéndole su auxilio en todas las necesidades particulares, como para tomar o dar consejo, o en los peligros, en las aflicciones y tentaciones, especialmente en las tentaciones contra la pureza. Entonces la divina Madre nos librará ciertamente de ellas acudiendo nosotros a rezar la antifona: “Bajo tu amparo” o el *Ave María*, o invocando solamente el santo nombre de María, que tiene una fuerza particular contra los demonios. El beato

---

<sup>18</sup> P. Auriem., tom. 1, cap. 12.

Santi, franciscano, en una tentación contra la pureza, acudió a María, y apareciéndosele luego la Virgen le puso la mano sobre el pecho y le libró. También aprovecha entonces besar o estrechar el rosario entre las manos, o el escapulario, o mirar alguna imagen de la divina Madre. Sépase también que Benedicto XIII concedió cincuenta días de indulgencia al que pronuncia los nombres de Jesús y de María.

## OBSEQUIO X

*Por décimo y último obsequio reúno aquí otras varias prácticas que pueden observarse en honor de María.*

1.º Celebrar o hacer celebrar, o a lo menos oír misa en honor de la Virgen. Es verdad que el santo sacrificio de la misa sólo puede ofrecerse a Dios, a quien principalmente se ofrece en reconocimiento de su supremo dominio; pero esto no impide, como dice el sagrado concilio de Trento<sup>19</sup>, que pueda ofrecerse al propio tiempo a Dios, para darle gracias por los favores que ha dispensado a los Santos y a su divina Madre, a fin de que celebrando su memoria se digne interceder por nosotros. Y por esto se dice en la misa: “Para que a ellos les sirva de gloria y a nosotros nos aproveche para nuestra salvación.” Este obsequio de la misa, así como el de decir tres *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria* a la santísima Trinidad, en acción de gracias por las conce-

---

<sup>19</sup> Sess. 22, c. 3.

didadas a María, le agrada particularmente, como lo reveló ella misma a un alma piadosa; porque no pudiendo la Virgen dar suficientemente gracias al Señor por todas las prerrogativas que le concedió, aprecia mucho que sus hijos la ayuden a practicarlo.

2.<sup>o</sup> Reverenciar a los Santos más allegados a María, como San José, San Joaquín, Santa Ana. La misma Virgen recomendó a un noble la devoción a Santa Ana, su madre<sup>20</sup>. Venerar también a los Santos más devotos de la divina Madre, como San Juan Evangelista, San Juan Bautista, San Bernardo, San Juan Damasceno, defensor de sus imágenes, San Ildefonso, defensor de su virginidad, etc.

3.<sup>o</sup> Leer cada día algún libro que trate de las glorias de María. Predicar, o a lo menos insinuar a todos, especialmente a sus allegados, la devoción a la divina Madre. Un día dijo la Virgen a Santa Brígida: “Haz que tus hijos sean hijos míos.” Rogar cada día por los vivos y difuntos más devotos de María.

Hay otras muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices a los que honran de varias maneras a esta Reina del Cielo.

1.<sup>a</sup>. Al que dijese: “Sea bendita la Santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María”, están concedidos cien años de indulgencia; y cuando después de la palabra *inmaculada*, se añade *y purísima*, según dice el padre Crasset, hay concedidas otras indulgencias para las almas del purgatorio.

2.<sup>a</sup> Cuarenta días a la *Salve*.

3.<sup>a</sup> Doscientos a las *Letanías*.

---

<sup>20</sup> Barry. Par. ap.

4.<sup>a</sup> Veinte días al que inclinare la cabeza a los santos nombres de Jesús y de María.

5.<sup>a</sup> Al que dijere cinco *Padre nuestros* y *Ave Marías* a la Pasión de Jesús y a los dolores de María, diez mil años. Para comodidad de las almas devotas quiero notar aquí otras indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices a otras devociones.

1.<sup>a</sup> Tres mil ochocientos años al que oyere misa.

2.<sup>a</sup> Al que hiciere los actos cristianos con el propósito de recibir los Santos Sacramentos en vida y a la hora de la muerte, Benedicto XIII concedió siete años; y continuándolos por un mes, indulgencia plenaria aplicable a las almas del purgatorio, y a sí mismo en el artículo de la muerte.

3.<sup>a</sup> Al que rezare quince *Padre nuestros* y *Ave Marías* por los pecadores, la remisión de la tercera parte de los pecados.

4.<sup>a</sup> Al que hace media hora de oración mental al día, el papa Benedicto XIV concedió muchas indulgencias, y plenaria una vez al mes confesando y comulgando.

5.<sup>a</sup> Al que rezare la oración *Anima Christi*, etc., trescientos días.

6.<sup>a</sup> Al que acompañare al Viático, cinco años, y seis si lo hiciese con luces, y si no pudiere, rezando un *Padre nuestro* y *Ave Marías*, cinco días.

7.<sup>a</sup> Al que se arrodillare delante del santísimo Sacramento, doscientos días.

8.<sup>a</sup> Al que besare la cruz, un año y cuarenta días.

9.<sup>a</sup> Al que inclinare la cabeza al *Gloria*, treinta días.

10. A los sacerdotes que antes de la misa rezaren: *Ego volo celebrare missam*, etc., cincuenta días.



11. Al que besare el hábito de los religiosos, cinco años. Se pueden leer otras indulgencias en el padre Viva<sup>21</sup>. Procure, pues, cada uno disponerse para ganar estas indulgencias con un acto de contrición.

Omito otras devociones que se hallan en varios libros, como de los *Siete Gozos*, de los *Doce Privilegios de María* y otras semejantes, y concluyo esta obra con las bellas palabras de San Bernardo<sup>22</sup>: “¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres, Vos sois la honra del género humano, la salud de nuestro pueblo! Vos tenéis un mérito sin límites, y un entero poder sobre todas las criaturas. Sois la Madre de Dios, la Señora del mundo, la Reina del Cielo. Sois la Dispensadora de todas las gracias, el ornamento de la santa Iglesia, el modelo de los justos, el consuelo de los Santos y la raíz de nuestra redención. Sois la alegría del paraíso, la puerta del cielo, la gloria de Dios. He aquí cuanto hemos podido decir en vuestra alabanza. Os suplicamos, pues, oh Madre de bondad, que supláis nuestras flaquezas, que disimuléis nuestro atrevimiento, que aceptéis nuestros servicios y que bendigáis nuestras fatigas, imprimiendo en el corazón de todos vuestro amor, a fin de que después de haber honrado y amado a vuestro Hijo sobre la tierra, podamos alabarle y bendecirle eternamente en el cielo. Amén.”

Y con esto, lector mío querido y hermano amante de nuestra Madre María, te dejo y digo: continúa alegremente en honrar y amar a esta buena Señora; procura también hacerla amar de cuantos puedas, y no

---

<sup>21</sup> Append. Indulg. in calce Trat., pár. últ.

<sup>22</sup> Serm. 61.

vaciles; confía seguramente en que si perseverares en la verdadera devoción a María hasta la muerte, indudablemente te salvarás. Concluyo, pues, no porque no me quede todavía que decir de las glorias de esta gran Reina, sino para no molestarte más. Lo poco que he escrito, bien puede bastarte para que te enamores de este gran tesoro de la devoción a la Madre de Dios, a lo que ella no dejará por cierto de corresponder con su poderoso patrocinio. Agradece, pues, el deseo que me ha animado en esta obra y de verte salvo y santo, y convertido en hijo amante y devoto de esta amabilísima Reina. Y si conoces que este libro mío haya contribuido algún poco a ello, por caridad te ruego que me encomiendas a María, y que le pidas para mí aquella gracia que yo para ti le pido, a saber, que algún día nos veamos juntos en el Cielo a sus pies, reunidos con todos los demás hijos suyos.

Y vuelto finalmente a Vos, Oh Madre de mi Señor, o Madre mía María, os suplico que os sea agradable este mi pobre trabajo, y el deseo que he tenido de veros alabada y amada de todos. Vos no ignoráis cuánto he deseado concluir esta obrita de vuestras glorias antes que se acabara mi vida, la que ya se aproxima a su fin. Ahora digo que muero contento, dejando en la tierra este libro que continuará en alabaros y predicaros, como he procurado hacerlo siempre durante estos años de mi conversión que por vuestro medio he alcanzado de Dios. ¡Oh María Inmaculada! os encomiendo todos los que os aman, y especialmente los que leerán este libro, y más particularmente los que tendrán la caridad de encomendarme a Vos. Dadles, Señora, perseverancia; hacedles

a todos santos, y conducidnos a todos a alabaros juntos en el Cielo. ¡Oh mi dulcísima Madre!, es verdad que soy un infeliz pecador; mas yo me envanezco de amaros, y espero de Vos grandes cosas, y entre otras el morir amándoos. Espero que en las angustias de mi muerte, cuando el demonio me pondrá delante mis pecados, la Pasión de Jesús y después Vuestra intercesión me han de confortar para salir de esta miserable vida en gracia de Dios, para ir a amarle y daros gracias a Vos, Madre mía, por los siglos de los siglos. Amén. Así lo espero, así sea.

Señora, di por nosotros a tu Hijo: No tienen vino. ¡Cuán esclarecido es el cáliz de este vino que nos embriaga! El amor de Dios nos hace despreciar al mundo, nos enardece, nos fortifica; nos adormece para las cosas temporales y nos despierta para las invisibles<sup>23</sup>.

Tú eres el campo lleno, colmado de virtudes y de gracias. Tú te elevaste como aurora brillante y rubicunda, porque exenta del pecado original naciste esplendente con el conocimiento de la verdad, y rubicunda con el amor de la virtud: el enemigo no puede causarte lesión alguna, porque te defienden mil escudos y todas las armas de los fuertes. No hay virtud que no resplandezca en ti, y tú sola posees todo lo que reunieron cada uno de los Santos.<sup>24</sup>

Oh Señora, mediadora y abogada nuestra, recomiéndanos a tu Hijo. Haz, oh bendita, por la gracia que has merecido, que el mismo que por tu medio se

---

<sup>23</sup> S. Bern. u otro autor in Salv. Reg. Serm. 4.

<sup>24</sup> S. Bern. u otro autor in Salv. Reg. Serm. 4.

dignó participar de nuestra debilidad y miseria, por tu intercesión nos haga también partícipes de su bienaventuranza y gloria.<sup>25</sup>.

Bella rosa, si piadosa  
Tú me amas, y me inflammas,  
Haz que un día el alma mía  
En tu amor pueda expirar.  
Concededme, Señora, la suerte  
De que os ame yo siempre, y en la muerte  
Que el alma entregue exclamando: / Dulce Maria, esperanza mía,  
Tú eres aquella feliz estrella,  
Que al puerto eterno me ha de guiar.

---

<sup>25</sup> Idem ibid.